

Y los jefes y caudillos
De las tropas imperiales,
Vuelan á que cese al punto
La mortandad y la sangre.
El de Pescara glorioso
Corre ligero á la parte
En que al rey Francisco juzga
Expuesto á villano ultraje.

Llega, del caballo salta,
Y con respeto admirable,
Hincadas ambas rodillas
La mano quiere besarle.

No lo consiente el Monarca,
Que tiene un consuelo grande
En verse ya protegido
Por hombre que tanto vale.

Y obligándole risueño
De la tierra á levantarse,
«Noble marqués de Pescara,
Pues que la fortuna os cabe,
»(Le dice) de tal victoria,
Os pido no se derrame
De mis vencidos vasallos
La desventurada sangre.

»Y espero que en vos encuentren
Protector, amparo y padre,
Los franceses que se miran,
Como yo, en tan duro trance.»

De lágrimas arrasados
Los ojos al escucharle
Pescara: «Señor, le dice,
Vuestra súplica es en balde;

»Pues la nacion española,
Que logra triunfo tan grande,
En la victoria es tan noble
Como brava en el combate.»

Tambien el del Vasto llega
Y el Rey lo recibe afable,
Y con dignidad lo elogia
Por su apostura y su talle.

Y el consuelo se divisa
En su abatido semblante,
De verse entre caballeros
Que tratar con Reyes saben.

Mas, imprevisto incidente
Vino de nuevo á alterarle,
Y á hacer más terrible y duro
Su destino deplorable.

De Borbon el Duque altivo,
¡Desacato repugnante!
A su Rey vencido quiere
Sin reparo presentarse.

¿Y cómo? Manchado todo
Con propia francesa sangre,
De un valor mal empleado
Haciendo insolente alarde.

No le conoce Francisco;
Pero de pronto, al mirarle,
Dió, por un secreto impulso,
De gran enojo señales.

Y quién era preguntando,
Como el Marqués contestase:
«Señor, de Borbon el Duque,»
Puso un ceño formidable.

Y volviendo las espaldas
Con dignidad, ocultarse
Quiso entre aquellos guerreros
Porque el Duque no llegase.

Notólo Pescara al punto,
Y como discreto parte
A evitar inconvenientes
Y á allanar dificultades.

Ruega de Borbon al Duque
Que el sangriento estoque envaine,
Que quite la sobreveste
Y que se limpie la sangre.

Y con él á pié se acerca,
Donde el Rey inexorable
No digna volver el rostro
Que en ira y en furor arde.

La mano el Duque le toma
De rodillas; arrogante
La retira el Rey. El Duque
Tiene la audacia de hablarle,

Y el Monarca levantando
Los ojos como volcanes
Al cielo, en voz alta dice:
«¡Santo Dios, paciencia dadme!»

Oyendo lo cual Pescara,
Hace que de allí se aparte
El de Borbon, y de él libre
Tornó el Rey á sosegarle.

ROMANCE CUARTO

UN ANDALUZ

Reunidos los generales
De las naciones distintas
Que el ejército del César
Ya vencedor componian,

Acatan al Rey cautivo,
Y le consuelan y animan,
Conducirlo disponiendo
A los muros de Pavía.

Que se arrasaban los ojos
De cuantos allí venian.

En los altos de la marcha
Embarazosa y prolija,
Varios soldados de cuenta
A ver al Rey acudian.

Y el Rey demostraba atento
Con delicadeza fina,
Gusto en que le presentasen
Los de garbo y nombradía.

Llegó entre tantos acaso
Roldan, hijo de Sevilla,
Llamado el *Arcabucero*,
Mote puesto con justicia;

Pues lo era tan extremado,
Que nunca erró puntería,
Clavando siempre las balas
Donde clavaba la vista.

Este tal, galan y apuesto,
De cara muy expresiva,
De talle en extremo airoso,
De aguda fisonomía;

Con aire maton y jaque,
Calzas de majo y ropilla,
Con un inmenso chapeo
De alas luengas y tendidas;

Con su cuera y sus mangotes,
Y sus frascos en la cinta,
De recamos adornada
Y de escarcela provista,

Se acerca al Rey, y apoyado
Del arcabuz en la horquilla,
Y zarandeando el cuerpo
Cual hombre que nada admira,

«Señor (con ceceo dice,
Y lengua aunque gorda viva),
Cuando mi sargento anoche
Me dijo que combatia

»Vuestra Alteza en este empeño,
Preparé varias cosillas;
Los trastos que en tales lances
Cualquier hombre necesita.

»Fundí, señor, doce balas,
Que al cabo son la comida
De esta serpiente (mostróle
El arcabuz con sonrisa,

»Prosiguiendo): Fundí, digo,
Doce balas, las precisas.
Seis de plomo, destinadas
A canalla gabachina;

»Y las seis, muy á mi gusto
Cumplieron, ¡Dios las bendiga!
Fundí otras cinco de plata
Para gente de alta guisa;

Dánle un corcel generoso,
Con honrosa comitiva
De franceses personajes
Que rendidos le seguian.

Y ántes confesando todos
Con admirable justicia,
Que victoria tan insigne,
Triunfo tan grande y tal dicha,

Se debe tan solamente
A la española milicia;
Disponen que España sola
Tenga la prerogativa

De guardar un prisionero
De tan importante estima,
Y que Alarcon el famoso
De alcaide y guarda le sirva.

En medio, pues, de los tercios
Españoles, y á su vista,
Desplegadas las banderas
De gloria y laureles ricas;

De Alarcon á la derecha
El Rey de Francia camina,
Esforzándose orgulloso
En dar á su faz sonrisa.

Los escuadrones tudescos,
Que una ladera contigua
De aquel camino ocupaban,
Al pasar la infantería

Española, entusiasmados
Le hacen salva, y alta grita
Levantando hasta las nubes
Repitiendo: *España viva*.

Al Rey suspende tal muestra
Dada por las tropas mismas
Del ejército triunfante,
Y es novedad que le admira.

Reconociendo cuán alta
La española gloria brilla,
Pues competencias no admite
Y da admiracion, no envidia.

Afable el Rey conversando
Con las personas distintas
Que le cercan, caminaba
Gallardo sobre la silla.

Y al encontrar de franceses
Prisioneros las cuadrillas,
Los consuela con su ejemplo
Y con su voz los anima.

Y á los cabos españoles,
Que en respeto y cortesía
Ni un solo punto desdican
De lo que á nobles obliga,

Los recomienda con tanto
Extremo, afan y caricias,

»Y en cinco ilustres monsiures
Se hallarán, no están perdidas,
Que, vive Dios, tal acierto
No lo he tenido en mi vida.

»Y una fundí, finalmente,
De oro muy puro y sin liga;
Aquí está, señor, miradla.»
Expuso á la régia vista

Una gruesa bala de oro
Que en la escarcela traia,
Continuando, sin turbarse,
Con gracejo y con malicia:

«Gran señor, fundí esta bala
Para daros muerte digna,
Si en el combate de veros
Se me lograba la dicha.

»Y ya que vuestra fortuna
No os puso en mi puntería,

Vuestra debe ser la prenda
Que siempre vuestra á ser iba.

»Tomadla, señor, tomadla,
Pesa dos onzas cumplidas,
Y puede que para ayuda
De vuestro rescate sirva.»

Al rey Francisco tal gracia
Hizo aquella retahila
Del andaluz, y el despejo
Con que acertara á decirla,

Que afable tomó la bala
Diciendo: «Amigo, la estima
Mi aprecio en mucho, y confío
Que os lo mostraré algún día.»

Roldan le hizo reverencia
Y vuelve á entrar en su fila,
Tan contento de sí mismo
Que ni á Cárlos quinto envidia.

ROMANCE QUINTO

CONCLUSION

Dueño absoluto de Italia
Fué el insigne Emperador,
Con esta excelsa victoria
Del alto esfuerzo español.

Y cautivo el Rey de Francia
Vino á Madrid y habitó
La torre de los Lujanes,
Con Hernando de Alarcon.

En la plaza de la Villa
Aún dora esta torre el sol,
Coronada de recuerdos
Que el tiempo no borra, no.

De ella al cabo el rey Francisco
Rescatándose, tornó
A ocupar el rico trono
De la francesa nacion.

Pero su rendida espada,
Prenda de insigne valor,
Testigo eterno de un triunfo
Que el orbe todo admiró;

En nuestra régia armería
Trescientos años brilló,

De los franceses desdoro,
De nuestras glorias blason.

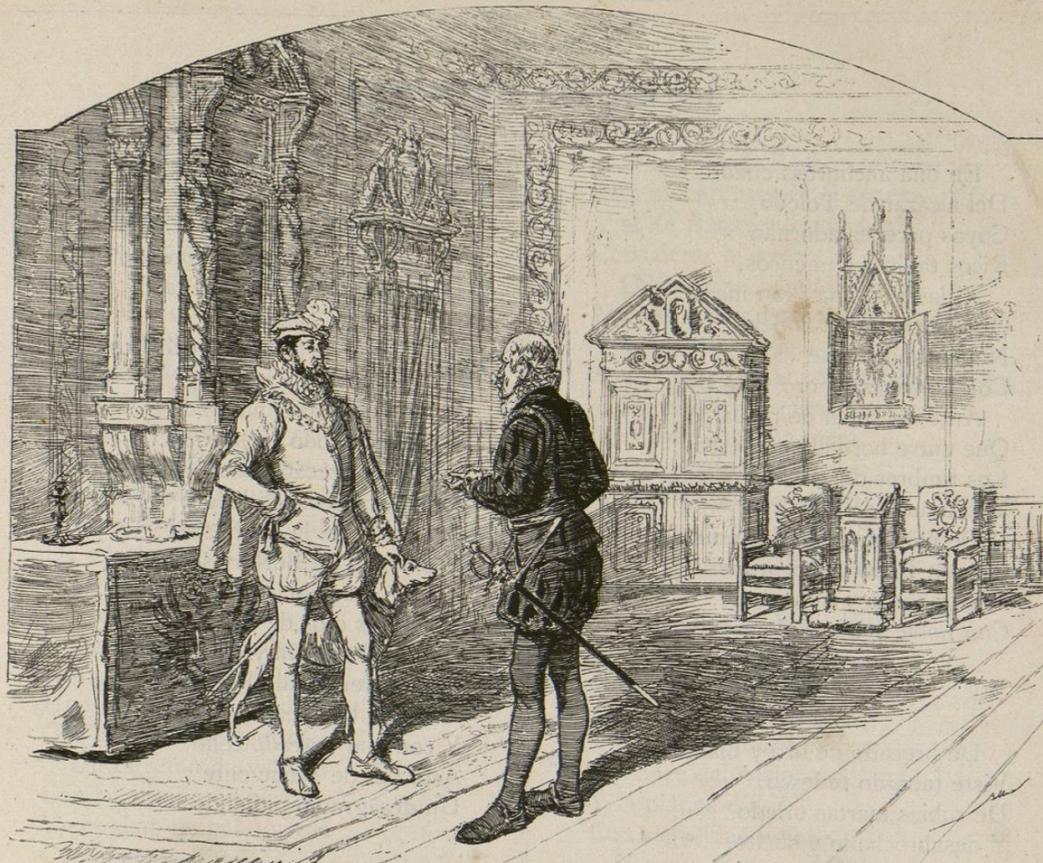
Hasta que amistad aleve
Que ocultaba engaño atroz,
Con halagos y promesas
Que ensalzó la adulacion,

Tal prenda de un triunfo nuestro
Para Francia recobró;
Como si así de la historia
Se borrarse su baldon.

Harto indignado, aunque jóven,
Esta espada escolté yo,
Cuando á Murat la entregaron
En infame procesion.

Pero si llevó la espada,
La gloria eterna quedó,
Más durable que en acero
De la alta fama en la voz.

Y en vez de tal prenda, España
Supo añadir, vive Dios,
Al gran nombre de Pavía
El de Bailén, que es mayor.



UN CASTELLANO LEAL

ROMANCE PRIMERO

«Hola, hidalgos y escuderos
De mi alcurnia y mi blason,
Mirad como bien nacidos
De mi sangre y casa en pro;

»Esas puertas se defiendan,
Que no ha de entrar, vive Dios,
Por ellas, quien no estuviere
Más limpio que lo está el sol.

»No profane mi palacio
Un fementido traidor,
Que contra su Rey combate
Y que á su patria vendió.

»Pues si él es de Reyes primo,
Primo de Reyes soy yo;
Y conde de Benavente,
Si él es duque de Borbon.

»Llevándole de ventaja,
Que nunca jamás manchó
La traicion mi noble sangre,
Y haber nacido español.»

Así atronaba la calle
Una ya cascada voz,
Que de un palacio salia
Cuya puerta se cerró;

Y á la que estaba á caballo
Sobre un negro pisador,
Siendo en su escudo las lises
Mas bien que timbre baldon,

Y de pajes y escuderos
Llevando un tropel en pos,
Cubiertos de ricas galas,
El gran duque de Borbon.

El que lidiando en Pavía
Más que valiente, feroz,
Gozóse en ver prisionero
A su natural señor;

Y que á Toledo ha venido,
Ufano de su traicion,
Para recibir mercedes
Y ver al Emperador.

